

### Un llamado a examinarse

Hebreos 12:15

*“Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados”* (Heb. 12:15).

Luego de haber profundizado en el tema de la santidad, sin la cual nadie verá al Señor, y como consecuencia del mismo, el autor de la carta continúa con sus aplicaciones prácticas, advirtiendo a los lectores del inminente peligro que se cierne sobre algunos de ellos, pues, han descuidado la congregación, el amor, las buenas obras, la fe; y ahora están cuestionando las adversidades, no aceptándolas como parte de la disciplina del Señor. Además, algunos no están corriendo la carrera cristiana, están paralizados y no luchan contra el pecado, ni acuden a los medios de gracia que pueden fortalecerles.

Las consecuencias de este descuido pueden ser muy graves. De esto hablará el autor en el resto del capítulo 12.

El verso que estudiaremos en esta sesión contiene la frase *“dejar de alcanzar la gracia de Dios”*, la cual ha sido utilizada por los hermanos arminianos como una prueba de que es posible *“caer de la gracia”* y perder la salvación.

Por otro lado, algunos defensores de la doctrina de la seguridad de la salvación han dado muchas explicaciones a este texto, las cuales no siempre hacen justicia al mismo. Por lo tanto, nos vamos a esforzar en una consideración cuidadosa con el fin de explicar el significado real de este versículo, para luego aplicarlo a nuestras conciencias y vidas.

Para entender a cabalidad el pasaje nos concentraremos en los siguientes puntos:

- Conexión entre el verso 15 y su contexto
- El deber impuesto: *“Mirad bien”*
- El peligro que se debe evitar: *“No sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios”*
- El mal advertido: *“que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe”*
- Consecuencia resultante de tolerar el mal: *“y por ella muchos sean contaminados”*

**1. Conexión entre el verso 15 y su contexto.** Primero tendremos en cuenta la relación general y remota del pasaje, para luego pasar a su contexto inmediato.

La conexión general con la carta a los hebreos es la siguiente: si las aflicciones que traen el seguir a Cristo y la disciplina del Padre no hacen que los cristianos profesantes mejoren y sean más piadosos, entonces el peligro de la apostasía es muy real en ellos. A esto se refiere el autor cuando dice: “*Mirad bien*”. Cuando no somos aplicados en interpretar bien la disciplina del Señor, entonces, ponemos en tela de juicio la bondad divina y nos hundimos en un estado de desesperación.

Los versos 16 y 17 son una confirmación de lo que acabamos de decir, pues, ellos contienen una exhortación solemne contra la apostasía, usando como ejemplo a Esaú. La mayoría de nosotros sabemos por dolorosa experiencia con qué facilidad nos desanimamos cuando las cosas no salen como queremos, cómo estamos dispuestos a desmayar cuando la vara de la adversidad se pone sobre nosotros, por esa razón se hace necesario prestar atención a la exhortación bíblica: “*Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios*”.

En el caso de Esaú, la tentación de vender su primogenitura – apostasía-, fue ocasionada por su debilidad, pues, se nos dice que él le dijo a Jacob: “*Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues, estoy muy cansado*” (Gén. 25:30). ¿No es cuando estamos débiles en nuestras mentes, abatidos por las dificultades del camino, desanimados por la falta de reconocimiento a nuestros esfuerzos, aplastados porque las pruebas vienen una sobre otra; que Satanás nos trae los ofrecimientos de placer en los goces carnales? Este puede ser el inicio de la apostasía, que en este versículo se describe como: *dejar de alcanzar la gracia de Dios*.

Miremos ahora la conexión de este versículo con el contexto inmediato. En primer lugar, si las manos caídas no son levantadas, y las rodillas paralizadas reforzadas (v. 12), entonces *no se alcanzará la gracia de Dios*; y si no se hacen sendas derechas para los pies, *lo cojo se saldrá del camino* (v. 13); y luego, una *raíz de amargura* (apostasía) brotará, y en consecuencia muchos serán contaminados.

En segundo lugar, en el verso 14 se nos exhorta a seguir dos cosas: la paz y la santidad; mientras que en el verso 15 se nos invita a evitar dos cosas: dejar de alcanzar la gracia de Dios y evitar que surja la raíz de amargura.

La frase inicial “*Mirad bien*” denota claramente que el evitar los dos males del versículo 15 depende de nuestra búsqueda sincera de las gracias espirituales mencionadas en el verso 14.

**2. El deber impuesto: “*Mirad bien*”.** Esta es la obligación que se nos impone: “*Mirad bien*”. Es un llamado al auto-examen. Su fuerza inmediata se deriva de la última cláusula del versículo 14: “*Sin la cual (la santidad) nadie verá al Señor*”.

No importa si estoy en comunión con el pueblo del Señor, si soy miembro de una iglesia bíblica, si utilizo regularmente los medios de gracia, si creo en todas las doctrinas de la Palabra; pues, si nunca he sido santificado por el Espíritu de Dios, si no soy diligente y sincero en cultivar la santidad práctica, de corazón y vida; entonces, nunca entraré al cielo ni gozaré de la visión beatífica. De allí la pertinencia y urgencia de esta exhortación: “*Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios*”. Hay demasiado en juego como para permanecer en la incertidumbre sobre un asunto tan vital.

Se requiere el llamado al auto-examen cuidadoso debido al peligro del auto-engaño. El pecado oscurece el entendimiento, de manera que el hombre es incapaz de percibir su verdadero estado ante Dios. Satanás “*cegó el entendimiento de los incrédulos*” (2 Cor. 4:4).

El orgullo profundamente arraigado en nuestro corazón nos hace pensar lo mejor de nosotros mismos. Un espíritu de pereza nos posee por naturaleza, de manera que no somos dados a auto-examinarnos. De ahí que la gran mayoría de cristianos profesantes permanecen con un conocimiento intelectual de la verdad, concentrados en lo exterior, las formas y las ceremonias, o descansando en el mero consentimiento de pasajes como Juan 3:16; más negándose a “*hacer firme vuestra vocación y elección*” (2 P. 1:10).

Dios ha advertido claramente en Su palabra que “*hay generación limpia en su propia opinión, si bien no se ha limpiado de su inmundicia*” (Prov. 30:12). Él ha puesto delante de nosotros a los que dicen: “*Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad*”, pero, en realidad no son más que “*desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*” (Ap. 3:17). Cristo nos dijo: “*Muchos me dirán en aquel día. Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?*” (Mt. 7:22); otros también le dirán: “*Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste*” (Lc. 13:26); sin embargo se les responderá:

“*Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*” (Mt. 7:23). Estas palabras deben hacernos temblar. Nos corresponde mirar bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios.

La diligencia y honestidad en el auto-examen estará determinada por el valor que damos a nuestra alma y sus intereses eternos. Por desgracia, la gran mayoría de los que profesan ser cristianos hoy día están más preocupados por sus cuerpos que por sus almas, por los placeres carnales que los espirituales, por las comodidades terrenales que los consuelos celestiales, por la buena opinión de sus familiares y amistades que la aprobación de Dios.

¿Dónde pasaremos la eternidad? Es la preocupación que debe absorberlo todo. Todo otro interés en la vida se hunde en la insignificancia absoluta ante la consideración fundamental de tratar de asegurarse en este asunto.

Querido amigo ¿Puedes estar satisfecho con una religión barata y fácil ignorando el clamor del Hijo de Dios que dice: “*Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán*”? (Luc. 13:24). ¿Estás identificándote con las predicaciones lisonjeras que se predicán en la mayoría de nuestros púlpitos donde se asegura que los que están en enemistad con Dios pueden llegar a ser cristianos de una manera fácil? ¿Puedes ver a la gran muchedumbre que afirma haber “recibido a Cristo como su Salvador personal”, cuando el milagro de la gracia no ha obrado en sus corazones, mientras que el Señor mismo declara: “*Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hayan*” (Mt. 7:14)?

¿Te atreves a descansar en una “decisión” que tomaste cuando te agitaron profundamente algunas anécdotas dirigidas a tus emociones? ¿No tienes nada más que un cambio en tus puntos de vista religiosos o la reforma de algunas formas externas para demostrar que eres una “nueva criatura en Cristo Jesús”? Hoy el Espíritu Santo te exhorta diciendo: “*Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios*”.

Pero la palabra “*mirad bien*” tiene un significado mucho más profundo que el examen de la conciencia, también señala nuestro deber hacia los demás. El término griego significa “*vigilar*”, se trata del ejercicio de un celoso cuidado hacia los demás.

Dijo Spurgeon: “En la iglesia de Dios cada uno debe estar en su torre de vigilancia por sí mismo y por los demás. La primera persona a la que probablemente falle en la iglesia será a mí mismo. Cada uno debe sentir que: el principio de la guardia debe estar en casa.”

Nuestro texto es muy similar a la exhortación de Hebreos 3:12-13, donde primero se exhorta individualmente y luego a la asamblea “*Mirad, hermanos que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día*”.

¿Cuántas personas podrían ser salvadas de caídas con un poco de cuidado? Si hablamos con el hermano, con bondad y consideración, cuando pensamos que se está enfriando, podrá ser restaurado.

No siempre es necesario hablarle directamente por medio del reproche, pero podemos prestarle un libro que trate un tema de gran necesidad para él, o podemos hablar generalidades sobre el mismo. El amor puede inventar muchas maneras de advertir a un amigo sin hacerlo enojar, y el ejemplo santo también será un reproche para el pecado.

En la iglesia debemos sobrellevar los unos las cargas de los otros cumpliendo así la ley de Cristo, ejerciendo el oficio del obispado sobre los demás, y viendo que ninguno deje de alcanzar la gracia de Dios (Spurgeon).

Cuán poca solicitud amorosa por el bienestar espiritual de nuestros hermanos peregrinos es evidente hoy en día. ¡Cómo escasea la diligencia en orar los unos por los otros! ¡Cuán poca fidelidad en el consejo, la advertencia y la exhortación!

Probablemente una de las razones para esto es la hiper-sensibilidad de tantos cristianos profesantes en esta generación. No importa con cuánta discreción se dé el consejo, ni con cuánta fidelidad se transmita la advertencia; no importa con cuánto amor la reprensión sea administrada ni si el consejo es dado por una persona con mayor experiencia; no obstante, en 9 de cada diez casos, las personas se resienten, y ellos dicen, si no en palabras, entonces por la actitud: ocúpate de tus propios asuntos y no te entremetas en los míos.

Pero no importa si es sólo un oído el que ganas y ayudas a una sola alma, pues, esta vale más que todas las decepciones que trae el ser rechazados por los demás. Sólo un leproso de los diez apreció la bondad de Dios.

**3. El peligro que se debe evitar:** “*No sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios*”. Esta es la cláusula que ha causado polémica, aunque la construcción griega no ofrece respaldo para la interpretación arminiana.

La raíz de la palabra que aquí se traduce “no” ocurre muchas veces en el Nuevo Testamento pero nunca tiene la fuerza de “caer de”. Significa: faltar o ser deficiente. Por lo tanto, no hay lugar para la incertidumbre en cuanto a la interpretación de esta exhortación: *Mirad bien, no sea que alguno venga a ser corto, deficiente o falto de la gracia de Dios*.

Pero ¿a qué se refiere el autor con la *gracia de Dios*? Esto no es fácil de responder, pues, a veces la gracia ha de ser considerada objetivamente, subjetivamente, en algunos pasajes se refiere a la gracia gratuita de Dios, en otros a su funcionamiento benévolo en el corazón, en otros se refiere a los efectos producidos por ella.

En nuestro pasaje, parece que el autor utilizará esta palabra de la manera más abstracta, con un alcance global, ya que es aplicable a casos muy diferentes. Nos sentimos más seguros al considerar la cláusula de esta manera, pues, el mandamiento de Dios es “*amplio sobremanera*” (Sal. 119:96).

De acuerdo a la luz de Palabra haremos todo lo posible para mostrar algunos de los diferentes casos a los cuales pertenece esta exhortación.

Es muy posible que aquí la “gracia de Dios” haga referencia a la aceptación en Cristo y el favor de Dios, tal y como se propone en el evangelio. Aquí está incluida toda misericordia espiritual, la adopción, la justificación, la santificación y el consuelo.

Los hombres pueden dejar de alcanzar la gracia de Dios, al no someterse a los términos del evangelio. Estos términos son repugnantes para el hombre natural, son de mal gusto para sus deseos carnales, pues, humillan su orgullo: *Arrepentíos y creed* (Mr. 1:15). Es en el primero de estos dos puntos que la mayoría de los hombres fallan. El evangelio llama a los hombres al arrepentimiento, y no se puede hacer esto con sinceridad al menos que depongan las armas de su rebelión contra Dios. El Dios tres veces santo no perdonará a ningún hombre mientras esté decidido a continuar pecando.

Nuevamente, el evangelio pide a los pecadores recibir a Cristo Jesús como Señor, a darle el trono de su corazón e inclinarse ante su cetro. El santo Redentor no salvará a ningún hombre que no esté dispuesto a reconocerlo como el gobernador (Luc. 19:14).

En segundo lugar, dejar de alcanzar la gracia de Dios es estar satisfechos con algo menor a la gracia divina comunicada y asentada en el corazón. Es estar contentos con un sustituto religioso para la regeneración.

¿Cuántos son engañados por la “*apariencia de piedad*” aunque no saben nada de su “*poder*”? (2 Tim. 3:5). ¿Cuántos se engañan así mismos teniendo mucho conocimiento de la verdad en sus cabezas, pero ningún milagro de la gracia obrado en el corazón? ¿Cuántos sustituyen el conocimiento experimental por las formas externas y las ceremonias? ¿Cuántos confunden una reforma externa de la vida con la regeneración y la transformación divina del alma? De muchas personas podríamos decir. “*De ceniza se alimenta; su corazón engañado le desvía, para que no libre su alma, ni diga: ¿No es pura mentira lo que tengo en mi mano derecha*” (Is. 44:20). Pocos son los que conocen “*la gracia de Dios en verdad*” (Col. 1:6).

Algunas personas han mantenido un carácter admirable toda su vida, sin embargo, no han alcanzado la gracia de Dios a causa de algún pecado secreto, el cual los convenció de que eran creyentes, cuando en realidad no era así. No tenían santidad interna, permitieron que el pecado creciera, se entregaron a una pasión no santificada, y por eso, a pesar de que fueron sepultados como ovejas del redil, murieron con una falsa esperanza y no alcanzaron la vida eterna.

Es muy terrible encontrarse en este estado, por eso debíamos orar: “*Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*” (Sal. 139:23-24).

¿Eres ferviente en la oración secreta? ¿Te gusta la lectura de la Biblia? ¿Tienes el temor de Dios delante de tus ojos? ¿Realmente estás en comunión con Dios? ¿Verdaderamente amas a Cristo? Hágase estas preguntas con frecuencia, pues, aunque predicamos el evangelio gratuito de Jesucristo es necesario que te llamemos al auto-examen para excitar en ti una santa ansiedad. Debiera ser una pregunta frecuente: ¿Tengo la gracia de Dios o no la he

alcanzado? ¿Soy un pedazo de roca de cristal, muy parecido al diamante, pero todavía no soy diamante? (S. H. Spurgeon).

Tercero, multitudes dejan de “*alcanzar la gracia de Dios*” por no perseverar en el uso de los medios de gracia. Son muy serios y celosos al principio, pero se vuelven descuidados y perezosos.

“Hay personas que durante un tiempo parecen poseer la gracia de Dios, y por un tiempo exhiben evidencias externas de su cristianismo, pero al final la tentación los atrapa en sus gustos depravados y los aparta. No fueron capaces de alcanzar la gracia de Dios. Parece que la han alcanzado, pero no lo logran al final. Es como una flecha disparada por el arco, que va directamente hacia el objetivo, pero al tener poco impulso, no llega hasta el blanco.

Por último, los cristianos genuinos también, en cierto sentido, dejan de alcanzar la gracia de Dios, al no mejorar lo que Dios les ha concedido. La fe les fue impartida, pero poco la ejercen. Hay una infinita plenitud en Cristo para ellos, pero poco se configuran sobre ella. Muchos privilegios maravillosos le pertenecen, pero casi no los utilizan. Les ha sido dada la luz, pero no quieren caminar en ella. No son capaces de velar y orar para no entrar en tentación (Mr. 14:38). No son capaces de limpiarse de toda inmundicia de carne y de espíritu (2 Cor. 7:1). No son capaces de crecer en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesucristo (2 P. 3:18). No son capaces de guardarse de los ídolos (1 Jn. 5:21). No son capaces de conservarse en el amor de Dios (Judas 21). Y de este modo, su paz es perturbada, su alegría se ve disminuida, su testimonio se ve ensombrecido y castigos frecuentes vienen sobre ellos. Son salvos, pero crecerán poco en su vida espiritual.

**4. El mal advertido:** *que brotando alguna raíz de amargura*<sup>1</sup>. Esta cláusula está relacionada con la primera, es decir, si se deja de alcanzar la gracia de Dios luego brotará una raíz de amargura. No hay duda respecto al significado de esta figura, pues, lo que está a la vista es el surgimiento del mal. No alcanzar la gracia de Dios traerá problemas sobre nosotros y ocasionará un tropiezo para los demás.

Lo primero que debemos tener en cuenta aquí es la expresión “*raíz de amargura*”. La raíz de un árbol es la parte que está bajo tierra, por lo tanto, la referencia es a lo que no se ve.

---

<sup>1</sup> Deut. 29:18

Señala el pecado que mora en nosotros (el cual es amargo), que continúa en el hombre aún después de su regeneración. Esa es la razón por la cual el cristiano es exhortado: “*No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias*” (Ro. 6:12). Y si esto ha de ser obedecido, entonces es imperativo prestar atención a la palabra: “*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida*” (Prov. 4:23).

Cada agitación del pecado dentro de nosotros debe ser resistida. Si las malezas no son cortadas, las flores y los vegetales se ahogarán. Si el cristiano no trabaja en la mortificación de sus pecados, entonces el cultivo de sus gracias será disminuido.

“*Que brotando alguna raíz de amargura*”, el brote, es la aparición del tallo por encima del suelo. Lo que está a la vista es la manifestación abierta del pecado en la vida, la emisión de una desvergonzada codicia en el alma. Lo que no se juzga en secreto ante Dios, terminará por convertirse en algo abierto ante los hombres.

Esta es una palabra solemne para nosotros en este momento: “*Sabed que vuestro pecado os alcanzará*” (Núm. 32:23). “*Que ninguna raíz*” enfatiza la necesidad de una constante vigilancia contra todo pecado, porque muchas ramas y ramitas de corrupción están dispuestas a brotar.

Es nuestro deber entregarnos totalmente a Dios sin reservas en todo momento, estar instruidos en la piedad práctica, conservar una conciencia sensible, ser más desconfiados de nosotros mismos y cultivar más la comunión diaria con Dios.

“*Que brotando alguna raíz de amargura*”. Por naturaleza el pecado es agradable y encantador para nosotros, pero al final “*como serpiente morderá, y como áspid dará dolor*” (Prov. 23:32). Este es el caso particular del cristiano, Dios no le alargará las riendas de sus pecados, sin hacerle probar las amargas consecuencias del mismo. Los azotes de su conciencia, las convicciones del Espíritu, la miseria de su alma, le hará decir: “*me llenó de amarguras, me embriagó de ajenjos*” (Lam. 3:15). El pecado es una fuente de problemas para nosotros, ya sea en nuestras mentes, cuerpo, bienes o familias.

La disciplina de la iglesia es un gran muro protector para el pecado, o la raíz de la amargura, para que no brote y cause daño al pueblo de Dios. El pecado debe ser denunciado

en nosotros mismos, pero también en la iglesia, este es un deber individual y colectivo. El pecado es como la levadura que no está satisfecha hasta haberlo permeado todo.